

fué personalmente á Viena, donde hubo de convencerse con gran disgusto de que el gobierno de Austria de aquel tiempo, ni mas ni menos que el antiguo, no estaba dispuesto á patrocinar la ambicion bávara de formar con este reino un triunvirato para la direccion de Alemania. Para distraer al ambicioso de su decepcion encargó á Schwarzenberg la mediacion entre el Austria y la Prusia para llegar á un acuerdo y conservar entre ambas la buena inteligencia, pero las condiciones que concertó con él fueron tales que su admision habria hecho imposible la formacion del Estado federal. Apreciando el gobierno de Berlin en su justo valor la importancia que para el buen éxito de su obra tenia el ingreso de la Baviera en el Estado federal, consintió en sacrificios extraordinarios, pero todo fué inútil; el gobierno bávaro, sabiendo que tenia en esta cuestion de su parte á los gabinetes de Dresde y de Hanover, declaró francamente contrario al proyecto prusiano, y así lo hizo declarar á todos los gobiernos por sus representantes diplomáticos en sus instrucciones del 12 de julio; y cuando el de Berlin, para saber de una vez á qué atenerse, invitó á todos los gobiernos alemanes á declararse clara y definitivamente, contestó el bávaro en 23 de agosto con una negativa, fundándose en que la constitucion elaborada y firmada en mayo produciria una escision en Alemania, y en que la agregacion del poder ejecutivo á la corona de Prusia era incompatible, no solamente con la independencia de la corona bávara sino tambien con el bien de sus súbditos.

El giro que tomaron las cosas en el asunto de los ducados de Holstein y Schleswig, y la conducta lamentable de la Prusia, dieron abundante motivo á los adversarios de esta potencia para despertar de nuevo el odio de los pueblos y gobiernos contra ella.

En efecto, el gobierno prusiano hacia tiempo que deseaba salir de este enfadoso enredo, pero cuanto mas condescendiente se mostró en las conferencias de Lóndres, mas crecieron las exigencias del gobierno dinamarqués, seguro del apoyo y proteccion de algunas grandes potencias. Poco despues que el rey de Prusia hubo anunciado en su discurso de apertura del parlamento de su reino la esperanza de una pronta paz, la Dinamarca denunció el armisticio y fijó la vuelta á las hostilidades para el 3 de abril, á pesar de no tener mas que 30,000 hombres sobre las armas, mientras su enemigo tenia en los ducados 45,000 hombres de tropas federales á las órdenes del general Prittwitz, amen de 20,000 hombres de tropas del país, organizadas y dirigidas por el general Bonin, y que ardian en deseos de medirse con los daneses sus opresores. No obstante su inferioridad numérica los dinamarqueses atacaron á los alemanes por dos lados, desde Friedericia en el Norte, y desde la isla de Alsen en el Oeste, mientras el almirante Paludan apoyaba sus operaciones por mar. Estas últimas tuvieron poca suerte, porque el 5 de abril hubieron de rendirse dos de sus buques, el navío *Cristiano VIII*, que salvada la tripulacion, voló, y la fragata *Gesion*, que habian entrado en el puerto de Eckernförde, donde se vieron cogidos entre el fuego cruzado de dos baterías de campaña prusianas, montadas respectivamente con ocho y cuatro piezas de artillería. El día 13 los contingentes bávaro, sajón y hessés se apoderaron de las fortificaciones de Duppel y obligaron con esto á los dinamarqueses á retirarse otra vez á la isla de Alsen. El día 20 las tropas de los ducados les tomaron la plaza de Kolding, y la defendieron brillantemente contra los dinamarqueses cuando volvieron el 23 con refuerzos para recuperarla; y hasta un buque prusiano sostuvo con brío un combate con un bergantin enemigo el 27 de junio, cerca de Hela, en la costa de la Prusia oriental. Pero estas fueron tambien las últimas noticias alegres para los patriotas alemanes. El rey de Prusia se es-

pantaba, en cambio, de estas victorias, que le daban mas miedo que los valientes dinamarqueses, y tenia cierta razon, porque la jornada tan singularmente afortunada del puerto de Eckernförde le enajenó las simpatías de Inglaterra, su único apoyo contra la amistad insolente y la enemistad del czar. El gobierno inglés veia ya en lontananza una marina de guerra alemana. Antes de estos sucesos, cuando tres vapores alemanes de guerra, persiguiendo á los cruceros daneses, habian penetrado en las aguas de la isla de Heligoland, el gobernador inglés habia mandado hacer fuego contra ellos por usar bandera no reconocida, y el gobierno británico declaró al prusiano que en adelante trataria como piratas á los buques que tal bandera usasen. Cuando el general Prittwitz quiso seguir á los dinamarqueses en su retirada de Duppel á Alsen, y arrojarlos de esta isla, la Inglaterra y la Rusia interpusieron su veto, y esto bastó para que los prusianos renunciasen á sus ventajas.

Grandísima fué la indignacion que tanta pusilanimidad suscitó en toda la Alemania contra el gobierno prusiano, que por todos fué calificado de traidor, tanto que para apaciguar el clamoreo general y no dejar sin apoyo á las fuerzas de los ducados, dió orden á Prittwitz de penetrar en Jutlandia. Allí este general rechazó á los daneses en 6 de mayo hasta Skanderborg y Aarhus, mientras las tropas de los ducados empezaron el sitio parcial de Friedericia, si bien por falta de buques de guerra alemanes quedó esta plaza libre del lado del mar. Esta circunstancia fué aprovechada por el general dinamarqués Rye, el cual despues de haber recibido disimuladamente refuerzos, cayó súbitamente en la noche del 6 de julio sobre los holsteineses, que creyéndole demasiado débil no estaban preparados para rechazar á un enemigo mas numeroso que ellos. Fueron arrojados, pues, de sus posiciones con grandísimas pérdidas, de cuyo descalabro toda la Alemania hizo responsable al gobierno prusiano que habia declarado en Francfort expresamente, que se encargaba de la guerra y de las negociaciones de paz con la Dinamarca.

El gobierno de Berlin, deseoso de salir del compromiso y del papel desairado que hacia en Alemania, admitió la base propuesta por la Inglaterra, á saber: la independencia del ducado de Schleswig, unido solo políticamente á la Dinamarca, con su administracion autónoma, y en 10 de julio fueron firmados en Berlin los preliminares de la paz. Los ducados de Holstein y Lanenburgo quedaban bajo la soberanía del rey de Dinamarca, pero formando parte como en lo antiguo de la confederacion germánica; el Schleswig fué dividido interinamente en una parte danesa y otra alemana, por una línea imaginaria de Flensburg á Tondern; la parte meridional ó alemana debia quedar ocupada por 6,000 prusianos, y la otra ó danesa por fuerzas neutrales; la administracion de ambas mitades fué confiada á una comision formada por un delegado prusiano, el conde de Eulenburg, un dinamarqués, Tilisch, y un tercero, para dirimir con su voto las divergencias, nombrado por Inglaterra.

Este final vergonzoso redundó en grandísimo descrédito de la Prusia, á cuyos adversarios se agregó tambien abiertamente el gobierno central aleman que residia todavia en Francfort. El presidente del ministerio central, príncipe de Wittgenstein, dirigiéndose en una circular á sus representantes en las cortes alemanas, despues de celebrar la próxima sumision de Hungría, les decia con diabólica franqueza que nada resultaria de todos los trabajos de la Prusia en favor de su proyecto de un estado federal aleman, y como el gobierno prusiano callara como un muerto, protestó formalmente en un escrito dirigido á los delegados plenipotenciarios de los ducados, «contra los tratados realizados en cir-

cunstancias tan lamentables entre la Prusia y la Dinamarca, sin haber sido presentados antes al regente para su exámen y eventual aprobacion,» lo cual era negar la legalidad de los tratados aludidos. El gobierno de Viena tampoco estuvo ocioso. Su representante en Carlsruhe hizo los mayores esfuerzos para separar al gran duque de Baden de su amistad con la Prusia, y para lograrlo quiso hasta hacerle abdicar á favor de su hijo, de menor edad todavia. El ministro Schwarzenberg tuvo una entrevista secreta con el rey de Wurtemberg en Linz, en la cual trataron de los asuntos de Alemania; y cuando la primera remesa de tropas badenses reorganizadas en territorio prusiano, pasó, á su regreso á Baden, por la plaza de Maguncia, guarnecida por austriacos, el gobierno imperial declaró que impediria todo nuevo paso de tropas si necesario fuese con las armas. Ante esta arrogancia é insolencia se acobardó el gobierno de Berlin, porque mientras el enemigo amenazaba en el exterior, se agitaban en el interior el partido feudal poderoso y sus auxiliares, valiéndose de su influencia sobre el alma débil del rey, y empleando la calunnia, el espionaje y la delacion para reducir la constitucion otorgada á este único precepto: «El rey manda y el pueblo obedece.» Este partido, para aumentar su influencia en el país, formó una sociedad secreta llamada: «La Alianza de los fieles,» la cual por sus formas y por su ceremonial secreto francmasónico encontró adeptos en todas partes. Su periódico *La Gaceta de la Cruz*, ensalzó como siempre al czar de Rusia como modelo de soberanos; se enfurecia contra los escándalos de la democracia, que habia llevado la confusion á todas partes, que habia manchado la causa nacional alemana y destruido la buena inteligencia con la Rusia y el Austria. «La Prusia, ceñido de áspero cilicio el cuerpo y cubierta de ceniza la frente,—exclamaba el revistero de este periódico,—debiera hacer penitencia de sus culpables concupiscencias alemanas.»

El rey estaba completamente dominado por estas influencias, que tenian un poderoso intérprete en la reina. A la presion de esta se debió que el rey acudiese el 7 de setiembre á la entrevista de Teplitz con los reyes de Sajonia para saludar al nuevo y jóven emperador, cabalmente cuando mas contrapuestos estaban los dos gobiernos. Al día siguiente y con el mayor sigilo continuó en Pillnitz la entrevista, preparada de largo tiempo. Allí acabó Federico Guillermo IV de abjurar la herejía nacional alemana.

Reducido el rey á esta situacion, no habia que pensar mas que en anular todos los proyectos pecaminosos y contentarse con lo que buenamente consintiera el Austria, á saber: el restablecimiento de la antigua organizacion de la confederacion germánica, la completa igualdad de las dos potencias y la conservacion de su influencia sobre los Estados menores de Alemania. La igualdad de las dos potencias se entendia respecto de la hegemonía sobre la Alemania representada por una junta de gobierno de la confederacion, compuesta de dos delegados austriacos y otros dos prusianos, cuya duracion fijó el Austria hasta el 1.º de mayo de 1850. La instalacion de esta junta no tuvo efecto por varias divergencias de detalle hasta el 20 de diciembre, y entonces el archiduque Juan resignó en sus manos sus facultades de regente del gobierno central aleman. Con esto el gabinete de Viena habia logrado su objeto de desvanecer el peligro de la formacion de un Estado federal aleman bajo los auspicios de la Prusia y restablecer la antigua confederacion germánica, porque no habia la menor duda de que jamás los gobiernos alemanes se pondrian de acuerdo respecto de la constitucion alemana.

La sumision vergonzosa de la Prusia á la voluntad del Austria aumentó los bríos de los Estados secundarios. Cuando el representante de Nassau pidió la convocacion del par-

lamento aleman, se opusieron los de Sajonia y Hanover diciendo que no podia hacerse sin haberse puesto antes de acuerdo con el Austria, y cuatro días despues añadió el delegado de Hanover, por instrucciones directas del rey, que protestaba formalmente contra la convocacion del parlamento hasta que todos los Estados alemanes hubiesen aceptado la constitucion modificada por la Prusia, el Hanover y la Sajonia. Contra esta conducta falaz irguióse el delegado prusiano, que presidia esta junta provisional de gobierno, diciendo que un gobierno que tales objeciones presentaba no debia haber firmado el pacto del 26 de mayo, ni mucho menos excitar á otros gobiernos á adherirse á él. El gobierno de Berlin se envalentonó, y resolvió en un consejo de ministros presidido por el rey ordenar las elecciones para el parlamento del Estado federal y fundarlo aun sin el concurso de Hanover y de Sajonia. Así lo comunicó á la junta de gobierno provisional, que con excepcion de Hanover, de Sajonia y de Meklemburgo-Strelitz aceptó la resolucion y fijó las elecciones para el día 31 de enero. Al día siguiente los delegados de los gobiernos de Hanover y de Sajonia notificaron su salida de la junta de gobierno, alegando que la medida ordenada era contraria al pacto del 26 de mayo y peligrosa para la tranquilidad de Alemania. Esta ocasion aprovechó el gobierno prusiano para pedir á sus cámaras autorizacion para un empréstito de diez y ocho millones (sesenta y siete millones quinientas mil pesetas), «á fin de que la Prusia pudiera presentarse bien armada en frente de los enemigos del orden.» El parlamento dió la autorizacion, lo cual unido á un cambio parcial de ministerio reanimó las esperanzas de los patriotas alemanes, mientras la junta directiva interina del proyectado Estado federal redujo su ambicion á conseguir una *union parcial* de Estados alemanes, haciendo á este fin las modificaciones convenientes en el proyecto de constitucion.

Pero todo lo deshizo el gabinete de Viena protestando contra la union y la convocacion del parlamento en una nota fechada en 28 de noviembre, diciendo que la confederacion y el pacto federal existian todavia legalmente mientras no los anulasen ó modificasen los que los fundaron, es decir, todos los gobiernos alemanes. No se desmayó por esto la junta directiva provisional de la union proyectada por la Prusia, y convocó al parlamento para esta union en Erfurt para el día 20 de marzo; mas entonces, en 25 de febrero, anunció el gobierno de Hanover su salida de la union y lo mismo hizo el de Sajonia, bien que menos brutalmente. En cambio formóse en Munich entre los soberanos de Baviera, Sajonia y Wurtemberg una contra-union á la cual el de Hanover se mostró tambien propicio. Estos soberanos reformaron á su modo la constitucion votada en Francfort, nombraron una junta directiva provisional de siete miembros y proyectaron un parlamento de 300 delegados de los brazos de los diferentes estados, correspondiendo la tercera parte á la monarquía austriaca sin diferencia de nacionalidad.

En la apertura de las cámaras wurtemberguesas en 15 de marzo, el rey, sin haber antes consultado para nada á sus ministros, se lamentó de que la Alemania no habia cesado de ser desde los sucesos de marzo, es decir, desde la revolucion, el juguete de los partidos y de los ambiciosos, calificando de alucinacion de las mas peligrosas la idea de una Alemania unificada. La verdadera fuerza, concordia, cultura y libertad de la nacion, dijo, descansaban en último término sobre la conservacion de la independencia y de las cualidades características de sus ramas principales; toda subordinacion permanente de la una á la otra seria el principio de la descomposicion interior y la tumba de nuestra existencia nacional. La historia imparcial proclamará algún dia los verdaderos objetos y móviles apasionados que han inspirado la

alianza del 26 de mayo, en la cual para nada se han tenido en cuenta ni la grandeza ni la unidad de la nación; es, añadió, puramente una tentativa separatista de fundar un estado federal separado, y que no puede realizarse sin violar el pacto federal y tratados sagrados; es una obra artificial y grosera que si se realizase, mataría la colectividad.

A este ultraje grosero, que venía a ser una segunda edición del famoso: *Manuscrito del Mediodía de Alemania*, inspirado ó redactado también por el rey de Wurtemberg, contestó el gobierno de Prusia llamando á su embajador en Stuttgart; pero la verdad era que el tal discurso expresó, lo mismo que el *Manuscrito*, la opinion predominante fuera de la Prusia; y los soberanos de Oldemburgo y Hesse-Darmstadt hasta disolvieron sus parlamentos porque las mayorías democráticas rechazaron el ingreso en la union. En fin, sucedió que los peces grandes rompieron las redes tendidas por el gobierno de Berlin, como dijo el ministro prusiano Mantuffel; y la reina de Inglaterra dijo (1): «Los cuatro (los reyes de Baviera, Sajonia, Hanover y Wurtemberg) se han comportado mal; pero los de Sajonia y Hanover mas que los otros, y lo siento solamente por el rey de Sajonia, á quien yo apreciaba y quería. Semejante conducta ha de tener consecuencias pésimas para las mismas casas reales.»

El 20 de marzo se abrió el parlamento de Erfurt, que desde luego se presentó con el carácter de incompleto y parcial, no solamente por los pocos Estados que estuvieron representados en él, sino también porque los liberales se habían abstenido de concurrir á la eleccion. Los varios partidos conservadores constituían la mayoría, y de sus filas salieron los presidentes de las dos cámaras en que el parlamento se dividía, Simson y Anerswald; de manera que estos conservadores, comparados con el resto de diputados y senadores, en su gran mayoría aristócratas y funcionarios del gobierno, y de consiguiente absolutistas, formaban la izquierda patriótica, porque para los demás lo que no era prusiano y absolutista constituía una abominacion. Esta composicion del parlamento y las maquinaciones de los enemigos exteriores fueron el germen de la muerte de la asamblea y de la union federal proyectada por la Prusia, á pesar de todas las bellas palabras de este gobierno, del programa de: «Conclusion y adopcion pronta de la constitucion enmendada y modificada con su acta adicional,» cooperacion unánime de los gobiernos unidos, y á pesar del discurso patético de apertura pronunciado por Radowitz en la cámara popular el 26 de marzo: «La Alemania, dijo, tiene el derecho y la obligacion de pedir que sus Estados formen juntos una colectividad con vida propia... El sentimiento nacional, una vez despertado, puede dormitar temporalmente, pero volverá siempre á su actividad. El movimiento nacional puede retroceder, pero solo en apariencia, porque su órbita es una curva cerrada, y el movimiento ha de volver hácia adelante; del afelio ha de pasar al perihelio; que así lo exige la ley suprema que dirige la vida de las naciones. Sí, señores, añadió, aludiendo á las insinuaciones odiosas del rey de Wurtemberg, la historia imparcial dirá algun dia si la Prusia ha tenido otros impulsos y otro blanco mas que hacer una última tentativa para defender á los Estados aislados de los peligros que les traerá la primera de las crisis históricas que en el curso del tiempo ocurren infaliblemente.»

El rey, sin embargo, se encontraba mas perplejo y turbado que nunca, y el jefe de la política austriaca, Schwarzenberg, sabia espantar y angustiar al pobre monarca echándole en cara su pretendido pacto con la revolucion, y explotar su re-

(1) Pauli, *Historia de Inglaterra*, tomo III, pág. 390 (obra escrita en alemán).

pugnancia al constitucionalismo para apartarle de la union que algunos de sus consejeros le hacían patrocinar. Así fué que cuando el gran duque de Meklemburgo-Strelitz y los Estados generales de sus dominios protestaron contra la nueva constitucion federal modificada, se adhirió á la protesta el rey Federico Guillermo IV en su calidad de agnado con derecho á la sucesion en el gran ducado; y cuando la junta administrativa provisional de la union proyectada resolvió defender la union contra las medidas hostiles del Meklemburgo, agregóse también el rey á esta resolucion como parte principal representada en esta junta. También el soberano de Hesse, absolutista empedernido y excitado por Schwarzenberg, pidió por medio de su representante en el parlamento de Erfurt que este suspendiese sus sesiones para entrar en negociaciones con la contra-union de Munich, á fin de proceder á una revision general del pacto federal de 1815 antes de continuar la discusion de la constitucion modificada de la union federal patrocinada por la Prusia.

El mismo Radowitz, de cuyo discurso de apertura hemos extractado pasajes halagüeños para el régimen constitucional y que venían á ser una garantía de la sinceridad y rectitud del gobierno prusiano, usó un lenguaje muy distinto á su regreso de Berlin, á donde había hecho una excursion. Si antes había insistido casi en tono de autoridad en el parlamento de Erfurt en que se adoptase la constitucion federal modificada casi sin discutirla y en globo, se opuso despues poco menos que amenazando, á su adopcion, diciendo que podría impedir la formacion del Estado federal. Tan escandalosa informalidad del gobierno prusiano fué aplaudida por la derecha del parlamento de Erfurt, porque, decia Stahl, su mejor adalid, aquí no se trata de si hemos de ser alemanes ó prusianos, ni de si hemos de formar parte de una confederacion de Estados ó de un Estado federal, sino de si somos realistas ó constitucionales. La izquierda de la cámara baja encontró un término medio para salir del compromiso entre la obediencia ciega á la órden intimada por Radowitz y su propia honra: admitió la adopcion de la constitucion, pero propuso al mismo tiempo una serie de modificaciones cuya adopcion recomendó á los soberanos que formaban parte de esta union. El 29 de abril fué suspendido este parlamento hasta nueva órden y sus miembros se separaron cabizbajos.

Tres dias antes había pasado el gabinete de Viena una comunicacion á todos los gobiernos alemanes, en virtud del pacto federal y del derecho de presidencia que concedía al Austria, invitándoles á una reunion para el dia 10 de mayo á fin de ponerse de acuerdo sobre la forma que convendría dar á la confederacion al concluir el estado de interinidad. Esta invitacion prescindía audazmente de las uniones parciales proyectadas por la Prusia y por los reyes de segundo órden; y así la Prusia, que no podía menos de reclamar contra ella, no la aceptó sino condicionalmente para despues de haberse entendido con los soberanos miembros de su union. Además, á fin de que esta pudiese presentarse completamente organizada en la reunion señalada para el 10 de mayo, convocó el rey, siguiendo el consejo del duque de Coburgo, á los soberanos sus asociados y á sus ministros á un congreso en Berlin, que abrió el 8 de mayo con un discurso invitando á los presentes á sostener firmemente la union, sin sospechar que todo el edificio estaba ya minado y á punto de hundirse. El gobierno de Hesse se declaró conforme con la próroga de la union hasta la clausura del congreso de soberanos convocado por la Prusia en Berlin, pero pidió que se suspendiese la realizacion de cuantas resoluciones había adoptado el parlamento de Erfurt interin no se hubiesen adherido á ellas todos los demás Estados. No siendo admitida esta exigencia, que equivalía á la anulacion completa de

la union, separóse de ella el gran duque de Hesse; animados por su ejemplo, otros se separaron también, y el congreso de soberanos convocado por la Prusia acabó de la manera mas lastimosa. Unánimes los reunidos en no reconocer autoridad legal á la dieta de Francfort, en la cual solo estaban representados los reyes de Baviera, Sajonia, Wurtemberg y Hanover, el gran ducado de Luxemburgo y el condado de Hesse-Homburgo, el congreso de Berlin dejó á la voluntad de sus miembros el concurrir á la dieta de Francfort, con lo cual autorizó él mismo su propia disolucion. Se disolvió el 15 de mayo, y en el discurso de clausura hubo de confesar Federico Guillermo IV que no se había podido llegar á ningun acuerdo. Quedó nombrada una junta provisional con el nombre de colegio de soberanos, en la cual no quisieron tomar parte el príncipe elector de Hesse ni el gran duque de Meklemburgo-Strelitz ni el príncipe de Schaumburg-Lippe, los cuales al contrario tomaron parte en el congreso de soberanos convocado por el Austria en Francfort. En cambio se separaron de este congreso el rey de Prusia y algunos pequeños soberanos de su partido, porque el gobierno austriaco se empeñó en que se le reconociera autoridad legal y en dar á sus resoluciones fuerza obligatoria para toda la confederacion.

Sin hacer caso de la Prusia y de los veinte pequeños soberanos adictos á ella, el congreso de Francfort adoptó la proposicion del Austria, de restablecer la dieta ó consejo federal considerándola como vigente y solo suspendida temporalmente por la revolucion. La proposicion añadia que no pretendia restablecer con esto el estado antiguo, pero que era el único medio racional de reformar la confederacion antigua segun las exigencias de la nueva época, y así fué votado en la sesion del 2 de setiembre el restablecimiento de la antigua dieta germánica por once votos, de diez y siete que debían formar el consejo federal reducido.

El rey de Prusia quedó aislado con sus veinte satélites, soberanos de pequeños territorios, y las noticias que llevó el príncipe heredero, hoy Guillermo I, de su viaje á las cortes de Rusia é Inglaterra, no hicieron mas que confirmar este aislamiento respecto de estas dos potencias. Esto decidió al gabinete prusiano á concluir con la cuestion de Dinamarca, y en 2 de julio de 1850 firmó en Berlin en su nombre y en el de la confederacion alemana la paz con esta potencia, paz que dejó las cosas como estaban antes de la guerra. En 2 de agosto firmaron Inglaterra, Rusia y Francia el *protocolo de Londres*, en el cual reconocieron la integridad de la monarquía danesa y la declararon de interés europeo, sacrificando así á este interés los derechos sagrados del heredero legítimo de los ducados, sin hacer caso de la Prusia, cuyo plenipotenciario, Bunsen, no quiso firmar el protocolo, conducta que fué aprobada por su gobierno. Esto no impidió que las tropas prusianas y las suecas tuviesen que evacuar los ducados y que estos quedasen abandonados á su suerte. Los habitantes de Holstein y Schleswig no dieron sin embargo su causa por perdida, sino que resolvieron continuar la lucha por su independencia nacional; pero en la batalla de Idstedt, que duró dos dias, el 24 y 25 de julio, sucumbieron á pesar de su valor ante la superioridad numérica de los dinamarqueses mandados por el general Krogh; y sus ataques á las fortificaciones de Missunde y Friedrichstadt en 12 de setiembre y 4 de octubre fueron también rechazados. La Dinamarca quedó vencedora y así lo hizo sentir á los vencidos.

Grande fué el descrédito de la Prusia y muchas las maldiciones con que hubo de cargar por haber abandonado á los que se había encargado de defender. No menos grande fué la satisfaccion del gobierno de Viena al ver humillada la Prusia, cuyo rey un momento se había atrevido á sacudir el

yugo austriaco; y para acabar de abochornarle aprovechó Schwarzenberg la codicia y despotismo brutal del príncipe elector de Hesse.

Este había disuelto varias veces sucesivas la representacion de los Estados de su electorado porque no querían concederle las sumas que exigía sin necesidad justificada; y habiendo encontrado en su ministro Hassenpflug el instrumento que necesitaba, disolvió el 4 de setiembre de 1850 el parlamento de su electorado «porque había faltado á la constitucion y había dado el primer paso en el camino de la revolucion.» La comision permanente nombrada por la asamblea, protestó contra la disolucion, y los tribunales y demás autoridades la declararon contraria á la constitucion del electorado; pero el gobierno declaró el país en estado de sitio en virtud de una resolucion federal de 1832, anulada con muchas otras en 1848. El pueblo y las autoridades no reconocieron el estado de sitio, y entonces huyó el príncipe elector á Hanover, y desde allí, al ver que el peligro no era tan grande, se trasladó á Wilhelmsbad, situado en sus propios Estados. Desde Wilhelmsbad pidió auxilio á la autoridad federal, con lo cual dió al gobierno de Austria el deseado motivo de restablecer de hecho la antigua dieta y de obligar á la Prusia, aunque fuese á la fuerza, á reconocerla.

El consejo federal en sesion ejecutiva acordó en 21 de setiembre excitar al gobierno de Hesse á emplear todos los medios en su poder para mantener incólume la autoridad del soberano, tan seriamente amenazada, al paso que el mismo consejo federal se reservaba tomar por su parte las medidas conducentes al mismo objeto que estuvieran á su alcance. Esto aumentó naturalmente el ardor reaccionario del príncipe elector y de su ministro. Se prohibió á los tribunales oponerse á los decretos anti-constitucionales del mes de setiembre. Los que no les obedecieron, fueron entregados á los consejos de guerra, y en lugar de Bauer, general en jefe de las fuerzas hessenses que se dió por enfermo, fué nombrado Haynau, padre del ministro de la Guerra. Los oficiales del ejército que no quisieron acatar aquellos edictos tuvieron que retirarse del servicio, y así lo hicieron 241, entre ellos cuatro generales y 39 jefes; prueba evidente de que el príncipe soberano no era dueño de la situacion. Por esto celebraron una conferencia en Bregenz el emperador Francisco José y los reyes de Baviera y Wurtemberg con sus respectivos ministros, y convinieron en inducir á la dieta á auxiliar con las armas al príncipe elector. A este fin y atendido que la intervencion armada podía dar lugar á una guerra con la Prusia, el emperador prometió facilitar un ejército de 150,000 hombres, el rey de Baviera otro de 30,000 y el de Wurtemberg 20,000 hombres. Con esta seguridad, el soberano de Hesse solicitó el auxilio federal, y la dieta en sesion de 25 de octubre encargó al Austria y á la Baviera la ejecucion de su decreto favorable á este auxilio.

Había ya declarado el gobierno de Prusia que no reconocía la autoridad del consejo federal de Francfort por no estar representados en él todos los Estados alemanes; y cuando supo que las fuerzas bávaras con un batallon austriaco habían penetrado en el territorio de Hesse en 1.º de noviembre, juntamente con el conde de Rechberg en calidad de comisario civil del consejo federal, hizo penetrar también en Hesse por tres lados diferentes otras tantas divisiones, para asegurarse la comunicacion al través del territorio hessense, que separaba entonces la parte oriental de la occidental de la Prusia. Reunidas en tan reducido espacio fuerzas prusianas, austriacas y bávaras, eran inevitables colisiones y la guerra entre potencias alemanas; y esta perspectiva atemorizó al rey de Prusia, tanto mas cuanto que nada tenía preparado para tal contingencia, y como si lo hubiera hecho á